

lavaba los pies á los pobres, abrazaba con cariño á los enfermos cubiertos de úlceras, los consolaba, les servia por sí mismo, y atendia con profusion á todas sus necesidades. Dió veinte mil escudos de oro al hospital del Espíritu Santo, seis mil al seminario llamado de los clérigos, cinco mil á la cofradía de la Anunciacion, y fundó muchas dotes para casar doncellas pobres. El mismo dia del triunfo, en que Marco Antonio Colonna, general de las tropas romanas en la gloriosa expedicion de Lepanto, hizo su entrada pública en Roma, destinó el religioso Pontífice el importe del esplendido banquete que solia darse en semejantes ocasiones, á dotar á las personas desvalidas, y á distribuir víveres á los necesitados. Desde esta época hasta su muerte, es decir, en el espacio de unos seis meses, fundó un colegio en Pavia para instruccion y edificacion de la juventud, y un convento de dominicos en Bosca, ciudad del Milanésado. Estableció, ó hizo establecer en una infinidad de diócesis una ó muchas cofradías, semejantes á la de Roma, llamada de la doctrina cristiana, para instruir á los jóvenes: confirmó la congregacion de los hermanos de la caridad, establecida treinta y dos años antes; la erigió en órden religioso, bajo la regla de San Agustin, y añadió á ella un cuarto voto de consagrarse á la asistencia de los enfermos, con reglamentos ó constituciones particulares que aun no tenia, pues el santo fundador Juan de Dios no la habia dejado mas regla que su eemplo.

Como Pio V era protector declarado de los sábios,

y aun mas de los hombres virtuosos, no elevaba á las dignidades eclesiásticas sino á los sugetos cuya ciencia y probidad le eran conocidas; y entre veintiun cardenales que creó en tres promociones, la mayor parte de ellos, sin esceptuar al cardenal Alejandrino, su nepote, se distinguieron por su erudicion, ó por otras prendas singulares. Estaba acompañada su caridad de tanta nobleza, que habiendo llevado á Roma en tiempo de carestia trigo de Francia y Sicilia por valor de mas de cien mil escudos, le vendió allí á un precio tan ínfimo, que teniendo por abusiva esta liberalidad los ministros de la policia, le propusieron algunas especulaciones económicas, á fin de contenerle. „Ese género de economía (les respondió en dos palabras) no parece bien en un Príncipe, y menos en un Papa.” Sin embargo de esto, se halló en sus arcas, despues de su fallecimiento, un millon de escudos de oro, y dentro de tres meses hubiera cobrado quinientos mil escudos de caidos: suma destinada para perseguir á los turcos, porque el santo Papa habia resuelto absolutamente abatir su poder. Tenia además cien mil escudos en poder del tesorero, encargado de socorrer las necesidades de los pobres, y tres mil en su cuarto para las distribuciones diarias que hacia por su propia mano. De aquí se infiere con claridad, que este virtuoso Pontífice no se dejó dominar jamás de la carne y de la sangre, ó del amor de sus parientes: y no se vé con menos evidencia que un Papa, á quien no dominan la carne y la sangre, puede siempre hacer grandes cosas.

Pero limitado á reprimir á los filisteos de la nueva ley sin acabar con ellos, no se extendió el destino de Pio V mas allá del triunfo de Lepanto. Poco despues sintió que se exacerbaban los dolores de un cólico nefrítico que le atormentaba mucho tiempo habia. Siendo inútiles los remedios ordinarios, solo pensó en prepararse á la muerte con el uso perfecto de lo que le faltaba que vivir y padecer. Tenia continuamente á la vista, ó á lo menos en su mente, la imágen de Dios padeciendo por nuestra salvacion; y así sufría los dolores mas agudos con un valor y una tranquilidad que eran la admiracion de todos.

51. Habiendo llegado las pascuas cuando se hallaba ya sumamente débil este infatigable Pastor á quien tantas ocupaciones de primer orden no servian de obstáculo para instruir por sí mismo á su pueblo, quiso predicar despues de haber visitado las siete iglesias principales de Roma, yendo á pie á casi todas ellas. En fin, consumido de dolor y de flaqueza, recibió los sacramentos de mano del cardenal Alejandrino su nepote, y tres dias despues, á primero de Mayo de 1572, entregó al Señor su santa alma, profiriendo estas palabras de un himno del tiempo: *Quæsumus auctor omnium*, &c. Era de edad de sesenta y ocho años con corta diferencia, y habia gobernado la Iglesia seis años, tres meses y veinticuatro dias. Por mas santa que fuese la vida de este Pontífice, al cual se honró despues con culto público, no dejó el pueblo de alegrarse de su muerte, á causa de la regularidad severa de sus costumbres. No faltan censores

que colocándose á sí mismos en una clase muy superior al orden popular, le han acusado de negligencia en el gobierno, y de una confianza excesiva en sus ministros. Si esto es así, ¿qué podremos decir, sino que la dignidad pontificia seria una carga pesadísima aun para los mismos ángeles? El sultan Selim, que miraba á este Pontífice como el mas formidable enemigo de la media luna, mandó que se hiciesen regocijos públicos en Constantinopla por espacio de tres dias, luego que recibió la noticia de su muerte. En Roma, despues de tres dias de conclave, que fueron los inmediatos á la muerte del santo Pontífice, fue electo á 13 de Mayo, por sucesor suyo, el cardenal Hugo Buon-Compáño, natural de Bolonia, y tomó el nombre de Gregorio XIII.

52. Antes que el cardenal Alejandrino, gran favorecedor de Hugo en esta eleccion, hubiese salido de Francia, donde estaba en clase de legado cuando supo que el Papa su tio se hallaba peligrosamente enfermo, recibió orden de hacer los mayores esfuerzos para impedir que el Rey Carlos IX se uniese con los calvinistas, y especialmente que concluyese el matrimonio de su hermana Margarita de Valois con el Príncipe de Bearne (1). El legado desempeñó con fidelidad su comision; y dicen algunos historiadores que habiendo estrechado al Monarca hasta ponerle en disposicion de no saber que responder: „ ¡Ah señor cardenal! (esclamó el Príncipe turbado) ¿por qué no me es dado revelaros todo lo que hay en el asunto?

(1) *Prol. del estratag.*

Pronto veriais que no hay cosa mas á propósito que este matrimonio para hacer que triunfe la religion en Francia, y esterminar los enemigos de la fe. Tengamos un poco de paciencia, y el Padre Santo no dejará de aplaudir mi celo." Si Carlos IX se esplicó efectivamente en estos términos, hay bastante fundamento para creer, que este Príncipe habia resuelto la mortandad del dia de San Bartolomé mucho tiempo antes de su egecucion; pero segun los hombres mas juiciosos, que desconfian con razon de estas anécdotas italianas, debe creerse que no prestó su consentimiento para semejante barbarie, hasta que la herida del almirante y el resentimiento de la secta hicieron en cierto modo inevitables las demás escenas de aquella tragedia horrible: y aun es verosímil, que al principio solo quiso deshacerse de las cabezas mas peligrosas del partido. Las caricias y las señales de confianza de que se valió para atraerlos á la corte, se dirigian únicamente á tenerlos á sus órdenes, para evitar sublevaciones ó para castigarlos con arreglo á las leyes.

A fin de lograr el objeto que se proponia el Rey, se recurrió á los pretextos mas especiosos para deslumbrar á la mayor parte de ellos. Se ofreció á la Reina de Navarra casar á la Princesa Margarita de Francia con el Príncipe de Bearne; y al almirante confiarle el mando de un ejército poderoso, para quitar á España los Paisés-Bajos. Juana de Albret, entregada en su juventud al lujo, á los placeres y á la disipacion de las concurrencias y diversiones,

habia mudado enteramente de método de vida, y solo se acompañaba de teólogos y ministros que con su humor melancólico la inspiraban sus preocupaciones, sus sospechas y su acrimonia inquieta. Despues de grande repugnancia, se determinó á acceder á las instancias del Rey, que la parecian tanto mas sospechosas, quanto eran mas eficaces. La favorable acogida que se la hizo, y la singular condescendencia que se la mostró al tratar del matrimonio del Príncipe, su hijo, aumentaron, si no sus terrores, por lo menos su incertidumbre y su admiracion. No sucedió lo mismo con el almirante, modelo de circunspeccion y de sagacidad, y hombre el mas mirado en su conducta y el mas seguro en sus juicios. Por mas que le dijeron y escribieron sus mas celosos partidarios y sus amigos mas prudentes y experimentados, y por mas avisos que le dieron de mil indicios espantosos, que aunque cada uno por sí solo no daba motivo mas que para formar alguna sospecha, reunidos todos hacian un cuerpo de presuncion que se diferenciaba poco de la evidencia, nada fue capaz de impedir que corriese ciegamente á su perdicion. Infatuado con su ídolo, esto es, con la guerra imaginaria de Flandes, desechaba todos los avisos que no se conformaban con su quimera, como vanos presagios de un celo visionario.

Llegó á París la Reina de Navarra á mediados de Mayo, y murió á 10 de Junio, siendo de edad de cuarenta y cuatro años. Esta muerte precipitada, á la que se siguió muy en breve la muerte violenta de

tanto número de grandes del mismo partido, fue mirada por todos los franceses como efecto de un veneno, no obstante que sucedió en casa de Guillart, obispo herege de Chartres, y que nada pudo descubrirse, por mas averiguaciones que se hicieron. Pero en aquellos tiempos de oprobio y de horror habia llegado al mas alto punto de perfeccion el arte detestable de quitar la vida sordamente. Despues de otras muchas muertes tan oportunas como útiles á la política, estaba muy reciente el egemplar del cardenal de Chatillon, á quien dió veneno su ayuda de cámara, cuando estaba para volver á Francia desde Inglaterra. Maurevert, que despachó en aquel mismo tiempo al señor de Moui, tenia tanta reputacion en esta maldita habilidad, que le llamaban públicamente el asesino real.

53. La muerte de Juana de Albret no impidió que se celebrase algun tiempo despues el matrimonio del Príncipe de Bearne, el cual tomó entonces el nombre de Rey de Navarra; y se celebró la ceremonia con una brillantéz extraordinaria. Asistió á ella el almirante, acompañado de muchas personas nobles y magníficamente vestidas. Habiendo visto en las naves de la catedral las banderas que se le habian cogido en Jarnac y en Montcontour, espectáculo tan á propósito para escitar presentimientos funestos, exclamó al contrario, exaltado el espíritu con sus triunfos imaginarios de Flandes: „Pronto se colocarán en lugar de estos tristes vestigios de la discordia, unos trofeos mas dignos de fijar la atencion de los franceses.”

Como continuase el Rey manifestándole una entera confianza, se atrevió á preocupar á un mismo tiempo al Monarca contra su hermano el duque de Anjou y contra su madre la Reina. Arreglando con el Rey el plan de las operaciones de campaña, le dió á entender que importaba á su gloria no confiar sus tropas á un hermano que cogia los laureles para él solo; que debia mandar por sí mismo sus egércitos; que ya era tiempo de que saliese de la eterna tutela en que queria tenerle la Reina, su madre, con el fin de reinar en su nombre; en una palabra, que debia sacudir el yugo, y mostrar á sus pueblos que era digno de gobernarlos.

54. Catalina de Médicis, que estaba empeñada en mandar á cualquier costa que fuese, y veía el momento en que, por decirlo así, se la iba á escapar de entre las manos el Rey, su hijo, tuvo desde luego con el Monarca una conferencia acompañada de caricias y reconvenções, de muchas lágrimas y de grandes demostraciones de ternura; pero no pudiendo prometerse todavía que el Rey estuviese bien desprendido del almirante, formó la resolucion de indisponer al Príncipe con los religionarios, de modo que no pudiesen volver á reconciliarse jamás. Por consiguiente, llamó al duque de Guisa y á los demás Príncipes de la casa de Lorena, que habian salido desterrados poco antes como sospechosos á la corte. Volvieron aceleradamente, acompañados del duque de Montpensier, del duque de Nevers y de una comitiva numerosa de personas distinguidas. Enrique

de Guisa estaba poseído del espíritu de venganza desde el asesinato del duque Francisco, su padre, cuyas sospechas habían recaído en el almirante, y con tal que lograrse sus deseos, le eran indiferentes todos los medios de que podía valerse para ello. No le parecía indecoroso cometer un asesinato para tomar satisfacción de otro: y en cuanto al modo de ejecutarle, no debía haber dificultad en una corte que tenía su asesino asalariado.

Nicolás de Louviers, señor de Monrevert, en la provincia de Brie, se apostó como ejecutor de esta maldad, en una casa del claustro de San German de Auxerres, por donde pasaba el almirante al volver del Louvre á la calle de Betizy, donde vivía: y por una ventana cubierta con una cortina, le disparó, á 22 de Agosto, un arcabuzazo, cuyas balas le rompieron un dedo de la mano derecha, y le hicieron una herida muy grande en el brazo izquierdo. Sin alterarse Coligny, señaló la casa de donde había salido el tiro, y sostenido de dos caballeros, volvió á su habitación todo ensangrentado. Acudieron á la casa, violentaron las puertas, lo registraron todo; pero ya había escapado el asesino por una puerta escusada, y solo se encontró el arcabuz.

55. Luego que recibió el Rey esta noticia: „¿No me he de ver jamás libre de alborotos (esclamó); y he de estar todos los días viendo nuevos atentados?“ Juró, lleno de indignación, que había de tomar una venganza terrible. Escitándole mas y mas la Reina madre, añadió que aquel delito injuriaba á su Magestad

misma, y que si quedaba impune, vendría á ser el trono una barrera muy débil contra semejantes sucesos. Acompañado el Rey de su madre, del duque de Anjou y de una comitiva numerosa, fue á visitar al enfermo, le dió el nombre de padre, le manifestó el mayor interés y ternura, quiso ver la bala que le habían sacado de la herida, se informó de los efectos del plan curativo, y ofreció castigar aquella maldad, sumamente irritado contra su autor. En una hora, ó poco menos, que duró esta visita, estuvo Catalina con indecible inquietud, temiendo perder una sola palabra de lo que hablaba Coligny. La Reina madre y su hijo predilecto, el duque de Anjou, rodeados de calvinistas, se estremecían al considerar que bastaba una palabra para perderlos: ¡y cuán fácilmente podía pronunciarse esta palabra por un Rey joven, cuyos primeros movimientos eran terribles si se le daba á entender que se burlaban de él, y que el crimen que tanto le irritaba era obra de su familia! Pero salieron de este paso peligroso, pretestando que no convenia cansar al enfermo con una conversacion demasiado larga; y engañaron al Monarca atribuyéndolo todo al duque de Guisa, como á vengador de la muerte de su padre. Sin embargo, era tan violenta la situación en que se hallaban, que no podía durar mucho; y temían tanto las noticias que podían adquirirse de un momento á otro, que valiéndose de los artificios convenientes, resolvieron manifestar al Rey todo el secreto. El mariscal de Retz, que era dueño de su confianza y tenía el talento de manejarle á su arbitrio,

fue desde luego á buscarle á su gabinete , y le insinuó que la herida del almirante no era efecto de sola la venganza , ni debia atribuirse únicamente al duque de Guisa , sino que su propia madre y su hermano el duque de Anjou , cuya ruina habia resuelto y tramado el almirante , se habian visto precisados á anticiparse á él por el único medio que les quedaba de poner en salvo sus personas. En este mismo instante llegan la Reina madre y el duque de Anjou , acompañados del duque de Nevers , del canciller de Birague y del mariscal de Tavannes. Atemorizada y llorosa Catalina , se queja de que no halla seguridad para su propia persona en el reino de un hijo , confirma todo lo que habia dicho el duque de Retz , y añade que despues de lo que habia hecho para preservarse , era tal el furor de los hugonotes , que no tanto conspiraban contra ella y contra el duque de Guisa , como contra la misma persona del Rey.

Estas imputaciones , á que daban lugar los discursos imprudentes de muchos calvinistas , fueron confirmadas por todos los señores que se hallaban presentes. Dijeron al Rey que habian vociferado públicamente , que si no les hacia justicia , se la tomarian ellos por su propia mano , y que Pardailan habia tenido la insolencia de esplicarse así en el cuarto mismo de la Reina , mientras cenaba su Magestad. Le trajeron á la memoria las palabras indiscretas , el tono orgulloso y las amenazas del señor de Piles , que habian atemorizado al mismo Rey y á todos los católicos de la corte. Aseguraron que no contento el

almirante con sus últimas tentativas contra la ciudad de Leon , habia enviado á la Suiza y á Alemania , despues de haber sido herido , para solicitar que se le diesen veinte mil hombres. „ Y si estas fuerzas (añadió Catalina ) se reúnen á los franceses descontentos , en el apuro en que se halla el reino , así de tropas como de dinero , ¿dónde podrá el Rey darse por seguro? Por lo demás (continuó dirigiendo la palabra al Rey) te advierto que á la primera apariencia de colusion entre ti y los religionarios , están resueltos los católicos á elegir un capitán general y coligarse todos contra los hugonotes ; de donde resultará inevitablemente que entre los dos partidos te hallarás sin ningún poder ni autoridad en tu propio reino.”

Si hasta entonces habia sido difícil persuadir á Carlos IX , no costó despues poco trabajo el sostenerle (1). Desde este momento se prestó á la disimulacion , á la mentira , á la traicion y , generalmente , á cuantas indignidades se le dijo que eran necesarias para no errar el golpe. Se levanta lleno de ira y de furor , y dice , profanando el nombre de Dios , segun la mala costumbre que tenia : „ustedes quieren que se mate al almirante ; pues yo quiero que mueran con él todos los hugonotes de Francia , y que no quede ni uno solo que nos eche en cara la muerte de los demás. Disponerse inmediatamente á la egecucion.” Pronunciada esta terrible sentencia , se trató de reunir en un mismo barrio , como si dijéramos en una

(1) *Mem. de Villeroi.*

misma red, por lo menos á todos los calvinistas distinguidos que habia en la ciudad: y éstos se prestaron por sí mismos á los designios pérfidos de sus asesinos. Asustados con algunos movimientos que veían entre las tropas de la guardia y aun en el pueblo, se reunieron al rededor del almirante, ya para defenderle en caso necesario, y ya para socorrerse mejor unos á otros. Habiendo pedido Coligny una guardia al Rey, se fingió, en vez de disipar sus temores, que se recelaba algun nuevo atentado por parte de los Guisas, y le enviaron á toda prisa una compañía del regimiento de guardias, que habia entrado en París pocos días antes. Con esta ocasion se hicieron instancias á los religionarios para que se fuesen á vivir cerca de la casa del almirante, con pretexto de mayor seguridad, y se mandó á los católicos residentes en aquellas inmediaciones que les cediesen sus casas.

Armado así el lazo, y teniendo ya la presa un pie dentro de él, solo se trataba de asegurarla de modo que no pudiese escaparse. Tomóse la última resolución en el palacio de las Tullerías, entre la Reina madre, el duque de Anjou, el duque de Nevers, el conde de Angulema, hermano natural del Rey, el canciller ó guarda-sellos Birague, y los mariscales de Retz y de Tavannes, y se fijó la egecucion para el día de San Bartolomé, 24 de Agosto de 1572. No se puede especificar la cantidad y calidad de las víctimas que se habian designado. Algunos autores aseguran, que el primer proyecto fue hacer que viniesen á las manos todos los católicos y calvinistas, y que

despues de haberse destrozado unos á otros, se echasen indistintamente sobre todos ellos las tropas de la guardia del Rey, para esterminar, por lo menos, á las principales cabezas de ambos partidos. A la verdad, no hay cosa que no pueda presumirse de aquella maquinacion infernal de la barbarie, de la perfidia, de la hipocresía, de la politica de Catalina y de su sed insaciable de dominar. Sin embargo, quiso despues justificarse esta Reina; ¿pero de qué modo? „Por lo que á mí toca (decia), solo me acusa la conciencia de la muerte de seis personas.” ¡Horrible conciencia! ¿De qué atentados no seria capáz, cuando podia tener sobre sí seis asesinatos con una serenidad tan espantosa?

Sea lo que quiera de las deliberaciones, el resultado fue, que el duque de Guisa acabaria con el almirante, fingiendo que temia la justicia del Rey, y que se disponia á salir del Reino. Esta ficcion le proporcionó la facilidad de ocultar el objeto de sus movimientos con los preparativos de la marcha, y de reunir sus gentes sin causar ningun recelo. Tavannes se encargó de disponer para aquella mortandad, en presencia del Rey, al corregidor y á las milicias urbanas, las cuales se horrorizaron al oír que se las destinaba á semejante ministerio. Pero habiendo recurrido á las amenazas el mariscal y el mismo Monarca, y mostrándose llenos de indignacion: „supuesto que lo quereis así, vos que sois nuestro Rey, y usted, señor mariscal (respondieron), os juramos que quedareis servidos. Cumpliremos vuestras órdenes con